

# YÜ TA-FU: "NOCHES EMBRIAGANTES DE PRIMAVERA"

Traducido del chino por JOHN PAGE  
*El Colegio de México*

## 1

DURANTE medio año viví ocioso en Shanghai por falta de empleo y cambiándome tres veces de alojamiento. Al principio al sur de la calle de Jing An-Si, en una celda del tamaño de una pajarera, donde no entraba para nada el calor del sol. Fuera de unos sastres, que parecían hampones de feroces, los inquilinos de estas celdas eran unos pobres escritorillos desconocidos, por lo que en ese tiempo bauticé al lugar como el Grub Street amarillo. Después de vivir un mes en este Grub Street el casero de repente aumentó el alquiler y no tuve más remedio que cargar con algunos libros maltrechos a una fonda que yo conocía, cerca del hipódromo. Después aquí también sufrí toda clase de persecuciones y hube de mudarme. Encontré un minúsculo cuarto en el barrio bajo frente al callejón de Ri Xin ubicado a la mitad de la calle Dent por la orilla norte del puente Wai Bai Du.

En la calle Dent, las viviendas del suelo hasta el tejado medían escasos cuatro o cinco metros. El cuarto en que vivía era intolerablemente bajo. Si de pie me estiran hubiera podido traspasar el techo mugriento con las manos. Entrando desde el callejón por la puerta de la vivienda estaba el cuarto del casero. De costado, se caminaba dos pasos para adentro entre trapos, latas, botellas y fierros viejos y ahí una escalera portátil se encontraba apoyada en la pared con algunos barrotes caídos. Usándola se penetraba a la oscuridad de arriba por un agujero de unos 70 centímetros de ancho para llegar al siguiente piso, sumido en la oscuridad total, que siendo originalmente del tamaño de la frente de

un gato, el casero todavía lo dividió en dos cuartos. En el de afuera, vivía una obrera de la fábrica de cigarros N. Todo lo que yo alquilaba era el pequeño espacio por donde no pasaba la escalera. Puesto que la inquilina de afuera tenía que entrar a través de mi cuarto, mi renta mensual era menor en unos centavos que el de ella.

El casero era un viejo encorvado cincuentón; en su cara, de un color amarillo verduzco, se reflejaba una pátina oscura y reluciente. Tenía un ojo más grande que el otro, los pómulos salientes y en la frente y las mejillas unas arrugas llenas de hollín, que daban la impresión de que no quedarían limpias por más que se las lavara por la mañana. Se levantaba todos los días entre ocho y nueve, tosía un rato y salía cargando en el hombro una vara de la que suspendía dos canastas de bambú. Generalmente regresaba entre tres y cuatro de la tarde todavía cargando las canastas vacías y a veces cuando las traía llenas, era de esos trapos, fierros viejos y botellas. En aquellas tardes invariablemente compraba vino, que bebía sentado solo en la orilla de la cama, balbuciendo maldiciones incomprensibles.

La primera vez que me encontré con la inquilina de junto fue la tarde del día que me mudé allí. Las horas de la primavera pasaban rápidamente y era ya a las cinco casi de noche, prendí una vela y puse los viejos libros recién traídos de la fonda. Primero hice con ellos dos montones, uno más pequeño, el otro más grande, después coloqué dos cuadros enmarcados de unos 75 centímetros de largo cada uno, encima del montón más grande. Ya que había vendido todos mis muebles, este montón de libros con los cuadros encima, me serviría de escritorio durante el día, y al anochecer haría de cama para dormir. Una vez colocados los cuadros, me senté frente a mi mesa sobre el montón de libros más pequeño a fumar un cigarro. A mis espaldas tenía el agujero por donde pasaba la escalera. Fumaba y miraba atontado la vela encima de la mesa. De repente oí un ruido por el agujero. Volví la cabeza y sólo vi mi sombra alargada y proyectada; ninguna otra cosa distinguía, pero mis oídos me decían claramente "alguien sube". Me quedé mi-

rando fijamente la oscuridad unos segundos y en ese momento se reflejaron en mis ojos unas facciones redondas y grises y la mitad del cuerpo delgado de una mujer. Apenas vi la cara, supe que era mi vecina. El día que encontré el cuarto, el viejo casero me había dicho que fuera de él, arriba no vivía nadie más que una obrera. En primer lugar, yo quería una renta más barata, y en segundo no quería allí más mujeres y niños, por lo que rápidamente lo tomé. Esperé a que subiera la escalera y me paré inclinando la cabeza para saludar.

—Perdóneme, apenas esta mañana me mudé. Espero que nos llevemos bien.

Me escuchó sin contestar, echándome una mirada profunda con unos grandes ojos negros, luego se acercó a la puerta de su cuarto, la abrió con llave, y entró. Sólo una vez la vi de esta manera y de alguna forma sentí que se trataba de una muchacha indefensa. La nariz bien formada, la cara pálida y ovalada, el cuerpo esbelto y pequeño parecían provocar ese sentimiento.

Pero por aquellos días, lo que me preocupaba era justamente el problema de subsistir y no tenía tiempo de apenarme por una obrera que no perdía el trabajo. Algún tiempo después me quedé sentado sin moverme sobre el pequeño montón de libros, mirando la llama de la vela.

Pasada más de una semana en ese barrio bajo, cuando ella salía a trabajar todos los días a las siete de la mañana y en la tarde al regresar a las seis, siempre me encontraba sentado sobre el montón de libros mirando la vela o la lámpara de aceite. Probablemente le desperté la curiosidad sobre mi manera de ser —estúpida, pero no del todo; atontada pero no totalmente.

Un día, a su regreso del trabajo, subió al piso y yo, como de costumbre igual que el primer día, me levanté para cederle el paso. Llegó a mi lado y repentinamente se detuvo. Me lanzó una mirada y dudando, como con miedo de preguntarme, dijo:

—¿Qué libro se queda usted leyendo aquí todos los días?  
—Habló con un acento suave de Suzhou. La impresión que

me produjo oírlo era algo que no se puede escribir por lo que sólo puedo traducirlo al habla corriente.

Sus palabras me hicieron sonrojar, todos los días me quedaba sentado allí aburridamente atontado, y aunque tenía abiertos frente a mí varios libros extranjeros, la verdad es que mi cerebro estaba tan confuso que no podía concentrarme en un renglón ni en una frase. Había veces que en la imaginación llenaba de extrañas figuras el espacio en blanco entre el primer renglón y el que seguía. Otras, sólo hojeaba el libro y miraba las ilustraciones, haciéndome de ellas algunas ilusiones irracionales. Mi cuerpo en realidad tenía ya el aspecto enfermo, gracias al insomnio y la desnutrición. Además, mi única propiedad era un abrigo acolchado ya irremediabilmente roto. No podía salir a caminar durante el día y al cuarto no entraba ni un rayo de sol; no importaba que fuera de día o de noche, siempre había que prender la vela o la lámpara de petróleo, por eso no sólo no estaba tan sano como el común de los hombres, sino que se me debilitaba parcialmente la vista y la fuerza de las piernas. Habiendo llegado a esta condición, al oír su pregunta, ¿cómo no me iba a sonrojar? Sólo le contesté vagamente:

—No estoy leyendo absolutamente nada, simplemente estoy aquí sentado atontado sin hacer nada; la impresión seguramente no es muy bonita, por eso tengo abiertos estos libros.

Me escuchó echándome otra mirada profunda, hizo una mueca de no entender y como siempre se fue a su cuarto.

Si dijera que en estos días no había salido a buscar nada, ni había hecho nada sería falso. A veces se me despejaba un poco el cerebro y podía traducir algunos poemas ingleses y franceses, y algunos cuentos cortos alemanes, con no más de cuatro mil palabras. En la noche, cuando todos estaban bien dormidos, salía sin hacer ruido para echarlos al buzón, dirigidos a casi todas las nuevas casas editoras. Puesto que mis esperanzas de encontrar trabajo ya habían fracasado totalmente, sólo de esta forma podía usar mi cerebro disecado para encontrar una solución. Tal vez a uno de

esos señores editores se le ocurriría publicar una de mis traducciones y no sería difícil ganar unos centavos a cambio. Entonces, desde que me había cambiado a la calle Dent y hasta que ella me hablara la primera vez, había enviado traducciones tres o cuatro veces.

## 2

Viviendo en el ambiente desordenado de las concesiones de Shanghai, no era fácil percatarse de los cambios de estación ni del pasar de las horas. Después de mudarme al barrio bajo de la calle Dent sólo sentía que el abrigo acolchado roto que allí llevaba, día a día se me hacía más pesado, más caliente, y pensé: "tal vez ya estemos en plena primavera". Pero no tenía dinero, y no podía ir a ninguna parte a pasear; día y noche me quedaba sentado atontado en el cuarto oscuro a la luz de la lámpara. Un día, probablemente por la tarde, también sentado de esa manera, subió mi vecina con dos objetos envueltos en papel en la mano. Cuando me puse de pie para dejarla pasar, dejó uno sobre mi escritorio diciendo:

—Este paquete es de pan con pasas, por favor guárdelo, mañana lo puede comer. Además aquí tengo unos plátanos que compré, venga a mi cuarto y los comeremos juntos.

Le tomé el paquete, ella abrió la puerta y me invitó a entrar. Habiendo vivido en la misma casa estos diez días parecía que ya confiaba en que yo era un hombre honrado. Noté que la expresión de duda que tenía en la cara cuando me vio por primera vez, había desaparecido por completo. Entré a su cuarto, y sólo entonces me di cuenta que aún no oscurecía, por el reflejo de los rayos del sol que se proyectaba dentro del cuarto a través de una ventana que daba al sur. Iluminaba un cuarto pequeñísimo, con una cama hecha de dos tablas, una mesa baja de laca negra, una caja de madera y un banquillo redondo. Aunque sobre la cama no se veía mosquitero había dos colchas dobladas de algodón azul limpiísimas. Una cajita de estaño

sobre la mesita probablemente con sus peines. La cajita de estaño tenía unas manchas grasosas. Arregló sobre la cama unos sacos y pantalones medio viejos de algodón que estaban en el banquillo redondo y me hizo sentar.

Vi que me trataba con muchas atenciones. Por dentro empecé a incomodarme y le dije:

—Ya que vivimos tan cerca, no es necesaria tanta formalidad.

—Yo no soy nada formal, pero todos los días cuando vuelvo usted siempre se levanta para dejarme pasar y estoy muy apenada. —Diciendo esto abrió un paquete de plátanos y me los ofreció. Ella misma tomó uno y se sentó en la cama; mientras comía me preguntaba:

—¿Por qué se queda en casa, sin salir a buscar algo que hacer?

—Yo al principio pensaba así, pero busqué y busqué y no encontré nada.

—¿Tiene amigos?

—Sí, pero en esta situación ya no me hablan.

—¿Estuvo en la escuela?

—Estudié varios años en una escuela en el extranjero.

—¿Dónde está su familia, por qué no regresa a casa?

De repente, esta pregunta me hizo comprender mi situación actual. Desde hacía un año me había ido deprimiendo día tras día, casi olvidándome de consideraciones como: ¿Quién soy? ¿En qué ambiente me encuentro? ¿Estoy triste? ¿Soy feliz? Al hacerme esta pregunta, volví a pensar una a una en las duras condiciones que había vivido durante medio año. Y después de oír la pregunta me quedé atontado mirándola. Durante un rato no pude decir nada. Me veía así, y pensaba que era un vagabundo sin familia. De repente le vi una expresión de soledad en la cara, y suspirando ligeramente dijo:

—Ah, ¿será usted como yo?

Tras otro ligero suspiro se calló. Noté que se le enrojecían y humedecían los párpados, y pensando cambiar el tema pregunté:

—¿Qué hace en la fábrica?

—Cigarros.

—¿Cuántas horas trabaja por día?

—Empiezo a las siete de la mañana y salgo a las seis de la tarde, a medio día descanso una hora; son un total de diez horas de trabajo diarios. Si hago una hora menos me lo descuentan.

—¿Cuánto le descuentan?

—A nueve yuanes por mes son tres cada diez días, o sea treinta centavos por hora.

—¿Cuánto gasta en comer?

—Cuatro yuanes por mes.

—Calculándolo así, sin descansar ni una hora al mes, fuera de la comida quedan cinco yuanes, ¿le alcanza para el alquiler y la ropa?

—¡Cómo va a alcanzar! Además el capataz también... ah... yo... yo por eso detesto la fábrica. ¿Usted fuma?

—Sí.

—Le aconsejo sinceramente que ya no fume. Pero si fuma, por lo menos no los cigarros de nuestra fábrica. Los odio a muerte.

La vi tan llena de furia y odio que no quería continuar. Mordí un poco el plátano comido a medias que tenía entre los dedos y miré alrededor. Sentía que su cuarto también era algo oscuro. Me levanté, di las gracias y volví a mi propio cuarto. Sería por el cansancio del trabajo que generalmente se dormía rápidamente después de regresar, pero esa noche parece que no se acostó, ahí dentro de su cuarto, hasta pasada la media noche. Desde esa vez, cada día cuando regresaba me decía unas palabras. De su propia boca supe que se apellidaba Chen y se llamaba Er-mei. Era del este de Suzhou y desde chica creció en el campo cerca de Shànghai. Su padre también era obrero de la fábrica de cigarros, pero murió el otoño pasado. Antes vivía en ese cuarto con su padre y cada día juntos iban a la fábrica, ahora se había quedado sola. Durante más de un mes después de la muerte de su padre, se iba a trabajar de madrugada llorando por todo el camino y en la tarde regresaba igual. Este año tenía diecisiete años, no tenía hermanos ni hermanas,

ni parientes cercanos. Antes de morir, su padre había confiado los últimos arreglos al viejo de la planta baja a cambio de quince yuanes.

—El viejo de la planta baja es un buen hombre, desde entonces no ha demostrado malas intenciones, y puedo ir a trabajar como cuando vivía mi padre, pero el capataz de la fábrica, un tal Li, es de cuidado, sabe que murió mi padre y todos los días me molesta.

Supe casi toda la historia de su vida y de la de su padre, ¿pero cómo era su madre?, ¿estaba viva o muerta? Si estaba viva, dónde, hasta la fecha nunca había hablado de ella.

## 3

El tiempo parecía cambiar. Durante algunos días, en mi mundo solitario el aire sucio de mi pequeño cuarto oscuro era tan denso como el de un baño de vapor, y mi cabeza pasada al vapor estaba a punto de hacerme desmayar. El estado agudo de nervios en que me ponía cada año entre primavera y verano me volvía medio loco en esa época; al caer la noche, esperaba que se tranquilizaran las avenidas y solía salir a caminar. Solo por la calle, miraba la multitud de estrellas en la franja angosta del cielo azul oscuro entre los edificios y lentamente seguía caminando haciéndome ilusiones vanas que nada tenían que ver con la realidad, pero caminar me hacía mucho bien. Y así, en las noches embriagantes de primavera, trastornado, quería huir a donde fuera; caminaba hasta cerca del amanecer y volvía a casa. Así, hasta agotarme, regresaba y me dormía hasta el medio día; hubo veces en que me quedé dormido hasta que la llegada de Er-meí de su trabajo me levantaba. Con dormir suficiente, la salud volvía gradualmente. En general, mi estómago digería sólo media libra de pan; desde que empezaba a practicar mis paseos nocturnos progresaba casi hasta poder tolerar una libra. Aunque esto fuera un gran golpe a mis finanzas, mi cerebro al recibir mayor alimentación parecía poder concentrarse un poco mejor que

antes. Después de regresar y antes de dormirme, terminaba de escribir unos cuentos cortos al estilo de Edgar Allan Poe, y en mi propia opinión no estaban tan mal. Hacía algunas correcciones, los copiaba varias veces y después de echarlos uno a uno al buzón, aunque con alguna leve esperanza interior, recordaba que de las traducciones anteriores no había noticia alguna, y pasados unos días las olvidaba.

En los últimos días siempre estaba profundamente dormido cuando mi vecina, Er-mei, salía de madrugada a trabajar. Sólo cuando regresaba del trabajo en la tarde a veces nos veíamos. Pero, por razones que no entendía, sentía que su actitud hacia mí había vuelto al miedo de la primera vez que nos vimos. A veces me echaba unas miradas profundas, sus ojos negros brillantes parecían llenos de reclamaciones y consejos para mí.

Una tarde, unos veinte días después de que me había cambiado a ese barrio bajo, mientras prendía la vela para leer una novela que me había comprado en una librería de viejo, Er-mei subió apresuradamente y me dijo:

—Abajo hay un cartero que quiere que traiga usted su sello para recibir una carta.

Mientras me decía esto era más evidente el miedo que me tenía, parecía decirme: "¡Ah, ah, ya salió su asunto!" Por dentro detestaba esta clase de trato, por lo que le contesté un poco bruscamente:

—¿Qué carta puede haber para mí? ¡No es mía!

Al oírme esta contestación enojada, más bien parecía que había obtenido una victoria; rápidamente apareció en su cara una sonrisa sarcástica, y dijo:

—¡Vaya a verlo usted mismo! Es su asunto y sólo usted sabrá.

Al mismo tiempo oí que abajo en la puerta realmente había un hombre que parecía cartero y que dijo con urgencia:

—¡Carta certificada!

Traje la carta y la miré, el corazón me brincaba. Efectivamente, la traducción de un cuento alemán que había enviado anteriormente ya se había publicado en una revis-

ta. La carta traía un giro por cinco yuanes. Justo cuando mis bolsillos estaban por quedarse vacíos, aparecían estos cinco yuanes, y no sólo me quitaba la preocupación de pagar al fin de mes el alquiler del mes entrante sino que después de pagarlo me quedaría para pagar unos días de alimento. Nadie se podría imaginar en este momento cuánto me afectaron esos cinco yuanes.

El día siguiente por la tarde, después de haber ido al correo a cobrar el dinero, caminé un rato por la calle asoleada y de repente sentí el cuerpo goteando sudor. Miré a la gente que caminaba alrededor de mí, volví la vista hacia mi propio cuerpo e inconscientemente se me fue bajando la cabeza. El sudor sobre mi cabeza y el cuello parecía una lluvia abundante, que iba saliendo gota a gota. Cuando paseaba en plena noche sin sol en el cielo, quedando todavía el frío penetrante de la primavera y de las altas horas antes de la madrugada en las calles desiertas, no sentía que mi abrigo roto de algodón acolchado estuviera totalmente en desacuerdo con la estación. No esperando en ese momento salir a un mediodía tostado por el sol caliente de la primavera, no me di cuenta que, llevando como siempre el gastado abrigo de los paseos nocturnos, comparado con los mismos de mi especie que me rodeaban y habían salido a caminar en la primavera vestidos según el tiempo, debería avergonzarme de mi aspecto. En seguida se me olvidó totalmente que pocos días después tendría que pagar la renta, se me olvidaron los pocos ahorros en el bolsillo que estaban por acabarse, y lentamente caminé por las tiendas de ropa usada de la calle Zha. Yo, que no había caminado por las calles de día en tanto tiempo miraba los coches y "rikshas" que iban y venían por la calle y los jóvenes bien vestidos que llevaban; miraba la profusión de objetos en los aparadores de las tiendas de sedas y las joyerías a los dos lados de la avenida. Escuchaba el ruido y la confusión que hacía la gente por todas partes, ruidos de pasos, campanillas de coches, como si fuera una colmena, y al mismo tiempo sentía como si estuviera en una especie de paraíso. Se me olvidaba mi propia existencia y quería cantar y bailar de

alegría con mis paisanos, e inconscientemente mi boca empezó a cantar unos versos ya olvidados de la ópera de Pekín. Cuando pensaba atravesar la avenida diagonalmente para dar la vuelta y entrar a la calle de Zha una campanada rompió este nirvana. Levanté la cabeza y vi un trolebús al punto de echárseme encima. El conductor corpulento, parado al frente del trolebús sacó medio cuerpo y me insultó a gritos:

—¡Animal! ¿Qué no ves? ¡Si hubieras muerto, sólo tu madre sería la responsable!

Me quedé parado atónito, siguiendo con la vista la cola del trolebús perderse entre una nube de polvo, y después que cruzó hacia el norte, una emoción surgida de no sé dónde me hizo, por fin, reír incontrolablemente, hasta que la gente alrededor me llegó a mirar fijamente. Me sonrojé y caminé lentamente hacia la entrada de la calle Zha.

Pregunté el precio de varios sacos forrados en algunas tiendas de ropa usada, y les ofrecí una suma calculada por mí. Los dependientes, todos parecían preparados por un mismo maestro: bajaban la cara y se burlaban de mí.

—¡Está usted bromeando. Si no puede, no compre!

No dejé de preguntar hasta llegar a una pequeña tienda en la Quinta Avenida donde, viendo que no podía comprar un saco forrado, por fin me quedé con uno de algodón sin forrar y me lo cambié inmediatamente. Me llevé el abrigo acolchado en la mano y regresé silenciosamente aún haciendo cálculos mentales:

“De todas maneras no queda suficiente, lo acabaré sin reservas” —me dije. Al mismo tiempo volví a recordar el día que Er-meí me trajo pan, plátanos y otras cosas. Sin esperar a pensarlo dos veces fui en busca de una dulcería. Entré y compré un yuan de chocolates, dulces de plátano, pastel de huevo y varias otras cosas. Parado ahí en la dulcería mientras esperaba que el dependiente me hiciera el paquete, de pronto recordé que hacía más de un mes que no me bañaba, qué mejor que echarme un baño ese mismo día.

Acabado el baño, tomé el abrigo viejo y los dulces, y a la hora que volvía por la calle Dent, las tiendas de ambos lados de la avenida habían encendido sus luces. Ya había poca gente por la calle. Me dio de lleno una ráfaga de viento crepuscular del Río Hwangpu que me hizo tiritar de frío. Volví a mi cuarto, prendí la vela para echar una mirada a la puerta de Er-mei, y me di cuenta que todavía no había vuelto. Para entonces estaba muerto de hambre, pero no quería abrir el paquete de dulces que acababa de comprar porque pensaba esperar a Er-mei y compartirlo con ella. Tomé un libro y me limité a tragar saliva. Después de un buen rato en que Er-mei todavía no volvía, sin darme cuenta la fatiga se apoderó de mí y me quedé dormido apoyado sobre el montón de libros.

## 4

Cuando el ruido de la llegada de Er-mei me despertó de golpe, vi que enfrente de mí se habían quemado dos pulgadas de una vela importada de doce onzas. Le pregunté la hora y me dijo:

—Apenas se oyó el silbato de las diez.

—¿Por qué regresa tan tarde hoy?

—Quieren que trabajemos de noche en la fábrica, porque mejoró el mercado. Aumentaron el sueldo y no importa que la gente esté demasiado cansada.

—Puede no ir.

—Como no hay suficientes obreros no puede uno faltar.

Dicho esto se le derramaron dos lágrimas, al parecer era por la fatiga del trabajo que se había emocionado. Por un lado, la compadecía, por otro su actitud de niña me alegraba un poco. Abrí el paquete de dulces y después de convidarla le aconsejé:

—Cuando empieza uno a trabajar de noche y no tiene costumbre se siente exhausto; después de acostumbrarse no tiene nada de particular.

Se quedó sentada en silencio sobre mi cama baja hecha de libros doblados, comió unos chocolates y me miró; parecía que tenía algo que decirme. La animé:

—¿Tiene algo que decirme?

Se quedó un momento sumida en silencio y luego me preguntó:

—Yo... yo... hace mucho que le quiero preguntar, estas noches todas que pasa afuera, ¿es con compañeros malos?

Le oí esto y me alarmé, parecía que sospechaba que me juntaba todas las noches con ladrones. Me vio perplejo y sin contestar y creyó que había descubierto mi verdadera actividad, y siguió hablando suavemente:

—¿Qué necesidad tiene de comer cosas tan finas, de llevar ropa tan fina? Debe saber que no puede uno poner la fe en esas actividades. Si lo agarran, ¿qué reputación le quedará? No debe darle gusto lo pasado, yo le ruego desde ahora cambiar de proceder...

Me limité a quedarme con los ojos y la boca abiertos mirándola estupefacto, porque la idea era tan peregrina que me dejó sin manera de explicar. Se calló un instante, luego continuó:

—A propósito de su costumbre de fumar, si lo eliminara ¿no se ahorraría unos centavos todos los días? Hace mucho que le he pedido que deje de fumar, sobre todo que no fume los cigarros de la fábrica N. que tanto odio, y nunca me hace caso.

Hasta aquí siguió hablando y de repente se le salieron unas lágrimas. Sabía que eran lágrimas caídas por su odio a la fábrica N. pero no podía permitirme de ninguna manera pensar así; debía entenderlas como forma de disuadirme. Pensé en silencio un rato, mientras se calmaba, luego le conté por qué había llegado el día anterior la carta registrada y cómo ese día había sacado el dinero y había comprado las cosas. Por fin le hablé del estado debilitado de mis nervios y por qué tenía que salir a caminar todas las noches. Escuchó la explicación y me creyó. Des-

pués que terminé, aparecieron en sus mejillas dos puntos rojos y bajando la vista a la mesa habló con timidez:

—Oh, lo acusé injustamente, lo acusé injustamente. Por favor no se ofenda, realmente no fue con intención. Su comportamiento era tan raro que creía que se había descarriado. Si puede trabajar bien, ¿no sería bueno? Estas cosas que me acaba de decir —cómo se llaman— que vendió en cinco yuanes, si pudiera hacer uno por día, ¡qué bueno sería!

Viéndola en esa actitud inocente, surgió en mí un sentimiento inconcebible. Quería extender las dos manos y abrazarla, pero la razón me llamó al orden: "No vuelvas a pecar. ¡No ves en qué ambiente vives ahora! ¿Quieres envenenar la vida de esta virgen pura? ¡Monstruo! ¡Monstruo, ahora no mereces tener un amante!"

Mientras estuve preso de estas emociones cerré los ojos un instante, razoné, abrí los ojos, sentí lo que tenía alrededor y de repente me encontré más lúcido que unos segundos antes. Le sonreí ligeramente y presionándola dije:

—Está muy entrada la noche, debe ir a dormir, ¿todavía tiene que trabajar mañana, no? A partir de mañana acepto su consejo, ¡dejo de fumar!

Al oír esto se levantó y muy satisfecha volvió a su cuarto a dormir.

Después, prendí una nueva vela y en silencio pensé muchas cosas:

"De los primeros cinco yuanes que me llegaron, resultados de mi trabajo, ya había gastado tres. Aún agregándole el poco más de un yuan que me quedaba antes, después de pagar el alquiler, tendría de reserva apenas veinte o treinta centavos, ¿qué hacer?"

¡Empeñar el abrigo viejo! Pero me temo que no lo querrán en el empeño.

Esta niña de veras da lástima, pero en mis actuales circunstancias estoy peor que ella, no quiere trabajar, pero el empleo le obliga a hacerlo, yo que pensaba encontrar trabajo, al final de cuentas no lo encontré.

¡Hubiera hecho trabajo manual! Ah, pero con estas muñecas tan débiles, temo que no hubiera tenido la fuerza de jalar un *riksha*.

¡Suicidarme! Si tuviera el valor hace tiempo que lo hubiera hecho. Ahora, todavía no puedo pensar en esa palabra, prueba suficiente que no se me ha acabado totalmente el ánimo.

Ese conductor de trolebús, en la mañana... ¿Cómo me dijo? ¡Animal, animal, me queda bien el apodo!..."

Seguí pensando desordenadamente y al fin no hubo modo de ayudarme a salir de mi pobreza actual. Oí el silbato de la fábrica y parecía que daban las doce. Me levanté, me quité el saco de día y lo cambié por el abrigo viejo. Como siempre apagué la vela de un soplo y salí a caminar.

Los habitantes del barrio bajo ya dormían tranquilos. Al frente, en la fila de edificios del callejón Ri Xin, cerca de la calle Dent, todavía había luces rojas y verdes encendidas y por ahí tocaban una balalaika. Por el aire frío y solitario de la media noche me llegaron al oído fragmentos nítidos de canciones tristes. Debía ser alguna rusa refugiada vendiendo sus canciones. El cielo estaba cubierto por una cortina delgada de nubes grises, que daban la impresión de cadáveres fétidos. Donde se rompía la cortina se asomaba una que otra estrella, pero cerca de las estrellas a pesar de la oscuridad se veía el cielo, que parecía lleno de una tristeza sin límite.

Chuang Zao Ji Kan  
15 de julio, 1923

La traducción de este cuento forma parte de una antología de diez cuentos de los años 1911-1937 traducidos del chino gracias a la ayuda y la paciencia del profesor Ma Sen de El Colegio de México.